



## Nuevas articulaciones, formas y objetos de estudio

JUAN JOSÉ ADRIASOLA<sup>1</sup>

En abril de este año, en el marco del simposio [Preguntas para/por la literatura chilena](#) que organizamos con colegas de la UC y la UCh<sup>2</sup>, asumí la tarea de coordinar una mesa de diálogo titulada “Nuevos objetos de estudio”. La idea era preguntarnos qué trabajamos, qué entra hoy en ese ámbito –muchas veces asumido como autoevidente– de la literatura chilena.

---

<sup>1</sup> Académico de la Universidad Alberto Hurtado. Doctor en Literatura Hispanoamericana, Rutgers University.

<sup>2</sup> Integramos el comité organizador junto con: Macarena Areco, Lina Barrero y Sebastián Schoennen-

Participaron en la mesa Luis Valenzuela (UNAB), Marcia Martínez (UV), Hugo Herrera (UCV) y Fernando Pérez (UAH); con la invitación a hablar de su experiencia estudiando objetos, por diferentes motivos, raros. Objetos raros, en principio, por la distancia que instalan respecto de las concepciones dominantes de lo literario, por la resistencia que ofrecen a las definiciones preexistentes y por la exigencia de creatividad lectora e investigativa que levantan. Objetos que se ubican en los bordes o un poco más allá del horizonte tradicional de la literatura y que, desde su condición de umbral, exigen ampliar ese territorio; leer la representación y el sentido esquivo de residuos, desechos, basura; seguir la huella casi invisible, a veces solo insinuada, de prácticas entre la letra y la escena, que no llegaron a ser inscritas en los relatos más difundidos de la historia literaria nacional; leer oyendo, desde la intersección con la experiencia, en interpolaciones y diálogos que conectan objetos diversos, y

beck, de la Universidad Católica; y Natalia Cisternas, Marcela Rosas e Ignacio Álvarez, de la Universidad de Chile.

hacen fluir modos de lectura desde su desborde; indagar en prácticas creativas en las que concurren registros, soportes, medios y materiales que, en su interacción, expanden la configuración de lo literario. Objetos raros, en definitiva, que junto con ampliar un repertorio de obras y prácticas creativas susceptibles de ser estudiadas, levantan la exigencia de ampliar y diversificar los medios con los cuales nos dirigimos a ellos.

Durante la conversación, se expuso rápidamente un punto ciego de la invitación que había extendido a mis colegas: la novedad en ningún caso es propiedad del objeto, incluso cuando se trata de obras experimentales. Al solicitarles hablar de sus respectivas experiencias trabajando estos objetos limítrofes, el tipo de determinación que imaginaba iba en esa dirección. Es decir, anticipaba que estas cosas raras, al no calzar en definiciones ya asentadas, ni prestarse dócilmente a los tradicionales métodos de análisis literario, habrían catalizado (por fuerza y necesidad) transformaciones en los modos del trabajo. Presunción razonable, parcialmente cierta, y bastante torpe a la vez. Por una parte, la condición de objeto de estudio no le es propia a ningún evento, obra u objeto en particular, sino que necesariamente se articula en relación con perspectivas y formas de trabajo que los constituyen como tales. En relación con ellas y no en servicio de ellas, vale destacar, pero sin duda en un diálogo, una práctica codeterminada. En todo objeto de estudio raro, concurre una metodología rara o impura, como lo plantea Luis en el trabajo con la representación de la basura. Identificar un objeto de estudio en los bordes o más allá de lo reconocible (siempre ya reconocido), implica una actitud previa que se desmarca de los patrones de la pureza, de su estabilidad, su consistencia, su rígida identidad, que no puede sino salir a la busca de sí misma. Una mirada impura, abierta a enriquecimientos por contagio y

por desviación, es necesariamente la que abre un campo de estudio. “Ojos nuevos”, les llama Marcia, que no solo enriquecen por la incorporación de objetos inéditos, sino también por la reinscripción de otros, desplazados por considerarse resueltos, plenamente conocidos. Objetos viejos inscritos en un nuevo diálogo, en un “acto de creatividad” que reorganiza el valor asignado y reconocido en ellos, al mismo tiempo en que lo hace con el propio campo que los asumía agotados, a través de su interpretación y recirculación.

Por otra parte, la dimensión de la experiencia adquiere una significación particular en los casos de estos objetos/miradas raras. Como elabora Hugo en su reflexión, citando a Iván de los Ríos, la innovación dentro de un campo disciplinar opera desde la incorporación de elementos previamente inscritos en un “perímetro de lo insignificante”. Territorio de caídos: objetos, prácticas, posiciones, discusiones y sujetos determinados por la pérdida, fuera de lugar, pasado su cuarto de hora, irrelevantes en tanto lugar de enunciación y de conocimiento, insignificantes; todo esto, ante los ojos de un esquema dominante que a la vez asigna y reconoce sentido. Perímetro en que la experiencia de quien investiga ha sido con frecuencia relegada. Siguiendo la lógica del *sampling* –“crear mediante objetos encontrados”, cita Hugo a DJ Spooky– no solo la articulación final de estos objetos, sino también cierta trayectoria vital implícita en su encuentro, en la mirada que los reconsidera y conecta, y en la práctica de la articulación. Experiencia que se hace también notoria y urgente en la lectura de la “poesía en expansión” que trabaja Fernando. El umbral, en cada caso, habita estos objetos y estas articulaciones. En su condición híbrida, expansiva, heterogénea y heterodoxa, por cierto; también en la relación que incitan con los sentidos que entran en relación con ellos: la lectura que

los activa y que, aun de forma impura, reconoce en ellos lugar y sentido.

Desde hace tiempo que la palabra método genera suspicacia en nuestro campo, cuando no graves alergias. Peor quizás la palabra metodología. Con alguna razón, se ha asentado una crítica a la noción de método entendida como una serie de procedimientos preestablecidos, cuya eficacia se presume comprobada. En otras palabras, una suerte de sistema de garantías previas que aseguraría alcanzar una meta, conseguir un éxito casi predestinado y traducido en series cuantificables de logros y productos, también, previstos. Tras esa cortina, se acusa una limitación formulaica, forzosamente conservadora y sumisa a esquemas dominantes de producción de conocimiento (hoy, el esquema neoliberal); o bien, se identifica allí una gesticulación vacía, que busca dar apariencia exacta y predecible a un ámbito de trabajo intelectual que, si bien comparte mucho en mi opinión con varias de las mal llamadas ciencias exactas, reconoce desde sus orígenes y hasta hoy un valor primordial en lo inexacto, lo ambivalente y lo abierto a interpretación. Estas críticas, que en muchos casos y en gran medida comparto, me generan al mismo tiempo suspicacia. No solo porque, como cualquier neurótico, me provoque un paradójico placer el imponerme reglas; sino porque, en paralelo a sus expresiones formulaicas y exististas, la discusión metodológica alberga (o bien, puede albergar) una dimensión que considero indispensable, no por su exactitud, sino por su impureza. Acudo a una trampa más vieja que el hilo negro para ilustrarlo, y desviar un poco la discusión. La raíz etimológica de la palabra método –*Meta*, “más allá”, aquí también “hacia”; y *Hodos*, “camino”–, enfatiza un procedimiento de tránsito, un desplazamiento figurado, mucho más que un determinado destino, y más también que la particularidad de una ruta. Este énfasis nos sitúa en un escenario mucho más

abierto de lo que comúnmente se asume: lejos de la lógica de la garantía y los productos previstos, la operación fundamental radica más bien en identificar una carencia en la posición de origen, que nos arroja fuera de ella. En este sentido, el destino que orienta la proyección de este desplazamiento, como los objetos de deseo lacanianos, resulta incidental y susceptible a transformarse en la práctica del tránsito; en el caso nuestro, en la práctica del diálogo con esos que hemos determinado como nuestros objetos de estudio.

Especialmente en circunstancias donde en general la valoración del trabajo se ha concentrado en la cuantificación de sus productos, y las formas de abordar sus procedimientos se ve monopolizada por las retóricas de la eficiencia productiva, creo que se hace urgente ocupar y desviar la discusión en torno al método. Hablar de cómo proyectamos nuestros desplazamientos, de cómo practicamos esas trayectorias. No de recetas, de trayectos. Hablar incluyendo los escollos en el camino, las hojas de ruta frustradas, los desencuentros, la invención ante ellos. Compartir los procesos y no únicamente los productos, solo podrá enriquecer nuestro trabajo y el campo en que lo desarrollamos. Las reflexiones que compartieron Hugo, Marcia, Fernando y Luis en abril, que nos comparten aquí por escrito, creo que son evidencia de sobra.

